

Antología 2025



**Dilo
Corto**

Concurso ~
de microcuentos
Barrancabermeja

El lector
es un
ACTOR

Antología 2025

COPYRIGHT ©

ISBN:

978-958-56775-3-1

Primera edición:

diciembre de 2025

Dilo Corto:

Concurso de microcuentos

de Barrancabermeja - Antología 2025

Gestores del proyecto:

Casa Barullo y FELIBAR

Edición:

Casa Barullo - Antología 2025: Dilo corto

Edición y corrección de estilo:

Daniela Güiza y Keiry Bonilla

Diseño gráfico y diagramación:

Sebastián Herrera Ordoñez y Santiago Cifuentes

Ilustraciones:

Sebastián Herrera Ordoñez

Impreso en:

Pataleta Print, Bogotá

Está rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por medio alguno, ya sea impreso, digital, fotocopia, electrónico o químico, sin el previo permiso por escrito de los editores.



Índice

Introducción	Pág. 09
Prólogo	Pág. 11
Jurados de esta edición	Pág. 13

1. Categoría infantil (7 a 12 años)..... Pág. 19

Primer lugar

Juan Sebastián Castillo Cerpa,

La voz del agua Pág. 21

Segundo lugar

Luis Santiago Carreño Solano,

El niño y su imaginación Pág. 23

Tercer lugar

Samuel Stiven Silva Bahamón,

Pelea de lodo..... Pág. 25

Textos seleccionados

• Sofía Alejandra Rodríguez Urango,

DO-RE-MI-FA-SOL Pág. 27

• Sara Sofía Guzmán Saavedra,

La niña y el libro mágico Pág. 29

• Megan Valentina Arrieta Palomino,

La voz del río digital..... Pág. 31

• María Paula Santos Cuervo,

El medio ambiente al rescate Pág. 33

• Emmanuel David Gómez Traslaviña,

La iguana que le gustaba bailar Pág. 35

• Samuel Peña Pacheco, <i>Los ingenieros del agua: la continuación</i>	Pág. 37
• Sharid Yulitza Suárez Villamil, <i>El corazón de Barranca</i>	Pág. 39
• Juan Pablo Gómez Causado, <i>La tinta del río</i>	Pág. 41
• Salomé Argote Palomino, <i>La princesita</i>	Pág. 43
• Jesmery Elisabet Perozo Navas, <i>Cámara de invenciones</i>	Pág. 45
• Yuliana Rojas Castrillón, <i>La huella que dejó mi gatita</i>	Pág. 47
• Juan José Naranjo Chacón, <i>La babilla de mi casa</i>	Pág. 49
2. Categoría juvenil (13 a 17 años).....	Pág. 51

Primer lugar

Linda Stefany León Álvarez, <i>Gotas de memoria</i>	Pág. 53
--	---------

Segundo lugar

Kevin Daniel Morales Luna, <i>El regreso de las Totumitas</i>	Pág. 55
--	---------

Tercer lugar

Ashley Julieth Barrera Barrera, <i>Kairuma</i>	Pág. 57
---	---------

Textos seleccionados

- **Sofía de los Ángeles León Ríos,**
El agua Pág. 59
- **Sebastián Alberto Peña Castro,**
El susurro del Magdalena en Barrancabermeja Pág. 61
- **Shaira Lucía Villamizar Bastidas,**
Entre ríos, fantasmas y palabras vivas Pág. 63
- **Weyder Andrés Turizo Méndez,**
Guardiana del muelle Pág. 65
- **Julián Leonardo Reyes Picón,**
Hijo de la música Pág. 67
- **Alexandra del Carmen García Cedeño**
El eco del motor invisible Pág. 69
- **Yuritza Tatiana Flórez Villa**
Escamas Pág. 71
- **Sebastián Andrés Castañeda Marín,**
Voz del Magdalena Pág. 73
- **Andrés Felipe Sánchez Gómez,**
Iguana obrera Pág. 75
- **Marlene Emilia González Meriño**
Cuando el cielo cayó en Barrancabermeja Pág. 77
- **Edward Santiago Osma Moreno,**
El mensaje del Magdalena Pág. 79
- **Alejandro Monterrosa López,**
La ciénaga que da vida Pág. 81

3. Categoría adultos (mayores de 18 años) ... Pág. 83

Primer lugar

Paul Alzate Flórez,

Cuando calla el río Pág. 85

Segundo lugar

Juan Sebastián Duarte Torres,

Amigo Pág. 87

Tercer lugar

Elvira Patricia Mendoza Macana,

Cayena Pág. 89

Textos seleccionados

• Gina Paola Puentes Palacio,

El río llama Pág. 91

• Yuri Yulieth Ramírez Bohórquez,

Voces sumergidas Pág. 93

• Mateo Jesús Vásquez Fernández,

La garza azul Pág. 95

• Kevin Emmanuel Arrieta Valecillo,

La voz de la ciénaga Pág. 97

• Carlos Alberto Vásquez Rodríguez,

Todas las tardes Pág. 99

• Saray Kamila Lamus Silva,

El susurro de la ciénaga Pág. 101

• Ofelia Constanza Silva Rueda,

Sanación Pág. 103

- **Luz Mery Corredor Barrios,**
Encuentro Pág. 105
- **John Alexander Jiménez Guerrero,**
Mi libro favorito Pág. 107
- **Aishly Lizzeth Rojas Castillo,**
El chigüiro y la ciudad de la Bella Hija del Sol Pág. 109
- **Nicoll Salomé Medina Venga,**
El Sol que nunca descansa Pág. 111
- **Nathalia Jiménez Amaya,**
Aguas Pág. 113

4. Temáticas del concurso

Mención Guillermo Cano Pág. 115

- **Luz Eliam Rodríguez Franco,**
Susurro Pág. 117
- **Olver Yamith Palomino Hernández,**
Muerte a las palabras Pág. 119
- **Andrés David Pacheco Pérez,**
Para ti, ¿qué es Barrancabermeja? Pág. 121
- **Joel Alfonso Ortiz Serpa,**
Barranca, hija del Sol y de la pólvora Pág. 123
- **Juan Sebastián Orozco Sandoval,**
Barrancabermeja y su Descabezado Pág. 125

Mención Artes escénicas Pág. 127

- **Estefani Tatiana Reina,**
El escritor del muelle Pág. 129
- **Jesús Miguel Mora Castro,**
Escritor Pág. 131
- **Nicol Tatiana Arias Peña,**
El guardián del río Pág. 133
- **Eliana Barba Lugo,**
El banco vacío Pág. 135
- **Dayanna Sofia Mercado Nieto,**
El niño soñador Pág. 137

Mención Innovación Sostenible..... Pág. 139

- **Javier Ricardo Delgado Torres,**
El capibara y el medio ambiente Pág. 141
- **Linda Melissa Sucerquia Corredor,**
El hombre que cambió el futuro Pág. 143
- **Cristal Valentina Sánchez Castaño,**
La Iguana Sofia Pág. 145
- **Miguel Angel Morales Luna,**
El Guardián de la Ciénaga Juan Esteban Pág. 147
- **Danna Marcela Mendoza Zabaleta,**
Futurista Pág. 149

Introducción

Escribir implica un gesto nunca inocente, una forma de actuar en el mundo.

De ahí que esta segunda edición de la antología *Dilo corto* se desarrolle a partir de la temática “El escritor es un actor”, eje conceptual de la sexta edición de la Feria del Libro *Déjame Leer en Paz*. Esta apuesta impulsa un movimiento en torno a la palabra que reconoce en la escritura y la oralidad prácticas vivas, capaces de construir memoria, suscitar la reflexión y promover una comprensión crítica de las realidades y problemáticas de la ciudad. Desde esta perspectiva, cada texto se convierte en un espacio donde la realidad o la fantasía encarnan la mirada del autor, quien interpreta, cuestiona o recrea su tiempo a través de la expresión literaria.

Esta edición adquiere un significado especial al conmemorarse los cien años del natalicio de Guillermo Cano Isaza, periodista colombiano y director del diario *El Espectador*, reconocido por su defensa de la libertad de prensa, la ética periodística y la democracia. Su voz crítica frente al poder y la violencia intentó ser silenciada en 1986; sin embargo, su legado permanece como símbolo de la defensa de la verdad y de la libertad de expresión. En este sentido, la antología rinde homenaje a su pensamiento al promover una escritura comprometida con la realidad y con el derecho de cada persona a narrar su tiempo y su contexto.

Los relatos que conforman *Dilo corto* dialogan con el territorio y con las experiencias de quienes lo habitan. En cada microcuento se evidencia que escribir implica asumir una postura frente a la vida cotidiana, mientras que leer supone aceptar el reto de interpretar y responder a las historias que se comparten. De esta

manera, la escritura se convierte en un acto de corresponsabilidad que convoca a la participación y al reconocimiento mutuo.

Los textos reunidos en esta antología nacen de un espacio plural en el que convergen distintas generaciones y miradas. A través de la brevedad del microcuento, los autores capturan instantes significativos de la vida cotidiana, rescatan experiencias cercanas y expresan aquello que duele, resiste o sueña en la ciudad. En pocas palabras logran nombrar realidades complejas y fortalecer los vínculos comunitarios.

La selección de los textos responde a un proceso de lectura cuidadoso realizado por jurados vinculados al mundo del libro y de la literatura, quienes valoraron tanto la calidad narrativa como la relación de los relatos con el contexto local. El resultado es una cartografía sensible de Barrancabermeja, un conjunto de voces que visibilizan su gente, su memoria y su identidad.

Este proyecto es posible gracias al apoyo de instituciones que reconocen la cultura y la educación como pilares del desarrollo social. En esta segunda edición, *Dilo corto* cuenta con el respaldo del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, la Biblioteca Nacional de Colombia, la Cámara Colombiana del Libro, la Gobernación de Santander, la Alcaldía Distrital de Barrancabermeja, Ecopetrol, la Universidad Industrial de Santander, la Institución Educativa El Castillo y el Instituto Técnico Superior Industrial, cuyo compromiso ha sido fundamental para fortalecer esta iniciativa y promover la formación de lectores críticos, en coherencia con el lema de la feria: “Leer te hace bien”.

Sandra Milena Pacheco Salcedo
Directora Ejecutiva FELIBAR

Prólogo

Este breve libro de brevísimas historias nace de una iniciativa de FELIBAR: *Déjame leer en paz*, en asociación con Casa Barullo. La escritura es un arte constante. Los escritores no son únicamente quienes transforman letras en palabras, sino también aquellos y aquellas que al leerlas, crean universos enteros. El microcuento es un género privilegiado para convertir las cosas más pequeñas en infinitas por medio de la imaginación. Por eso mismo, creemos que su brevedad esconde la flexibilidad perfecta para fluir por las calles de Barrancabermeja, sin importar quién esté caminando por ellas.

La *Antología Dilo Corto 2025* nos ha demostrado que la escritura de las personas barranqueñas está hecha para ser leída, escuchada e interpretada. Este año enfocamos la mirada en observar cómo escritores y lectores se podían convertir en actores sociales y culturales para el cambio. En esta edición encontramos perspectivas dispuestas a actuar en la ciénaga al igual que en la refinería, tanto en la escuela como en los hogares, dentro y fuera del escenario. En las historias aquí contenidas, animales, humanos y espacios se vuelven actores sociales por el bienestar de unos y otros. En pocas líneas, se demuestra que sus voces son tan fuertes que no necesitan de un micrófono para ser escuchadas. Por eso, esta segunda versión del concurso de microcuento Dilo Corto llamó a todas las personas a convertirse en actores al levantar la voz y pensar en el futuro.

Como resultado, en sus manos podrán disfrutar de sesenta microcuentos escogidos por Andrea Cote Botero, Ana Lucía Barros y Yazmín Botero, quienes en conjunto representan una mezcla de experiencias y visiones que reflejan el entusiasmo y cercanía de la literatura con Barrancabermeja. Con el fin de reconocer los nacientes talentos de la ciudad, las juradas no solo escogieron los ganadores de las categorías infantil (de 7 a 12 años), juvenil (de 13 a 17 años) y adultos (mayores de 18 años) sino que también buscaron reconocer textos a través de las menciones especiales: “Guillermo Cano”, a los cuentos que estuvieran ahí para contar la verdad enfatizando en las herramientas del periodismo; “Artes escénicas”, a los relatos que se subieron al escenario y pusieron en escena las palabras por medio del estilo teatral; e “Innovación Sostenible”, a los mejores microcuentos que se volvieron actores de cambio hacia un futuro que logre el balance entre tecnología y naturaleza.

Con cariño,
Equipo Editorial Casa Barullo.

Jurados de esta edición

Conoce un poco de su trayectoria



Ana Lucía Barros

(Barrancabermeja, 1997)

Coordinadora editorial y editora de no ficción y proyectos especiales. En 2020 entró a Laguna Libros como asistente editorial. Desde el año 2020 es coordinadora y asesora de proyectos de narrativa en el Laboratorio de Creación de La Diligencia Libros. Desde 2023 es editora de la Biblioteca de Escritoras Colombianas, del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.



Andrea Cote Botero

(Barrancabermeja, 1981)

Doctora en literatura hispanoamericana en la Universidad de Pennsylvania, actualmente profesora de poesía de la maestría bilingüe en escritura creativa de la Universidad de Texas en El Paso. Es autora de los libros de poemas como *Puerto calcinado* (2003), *La ruina que nombro* (2015), *En las praderas del fin del mundo* (2019). Su poesía reunida *Fervor de tierra* fue publicada en Tusquets en 2024. Ha publicado además libros en prosa. Compiló la antología de mujeres poetas colombianas *Pájaros de sombra* (2019). Ha obtenido reconocimientos como el Premio Nacional de Poesía de la Universidad Externado de Colombia (2003), Premio Internacional de Poesía Puentes de Struga (2005), Premio Città de Castrovillari Prize (2010), International Latino Book Award (2020) a la mejor antología poética y el XXIV Premio de Poesía Casa de América en 2024.

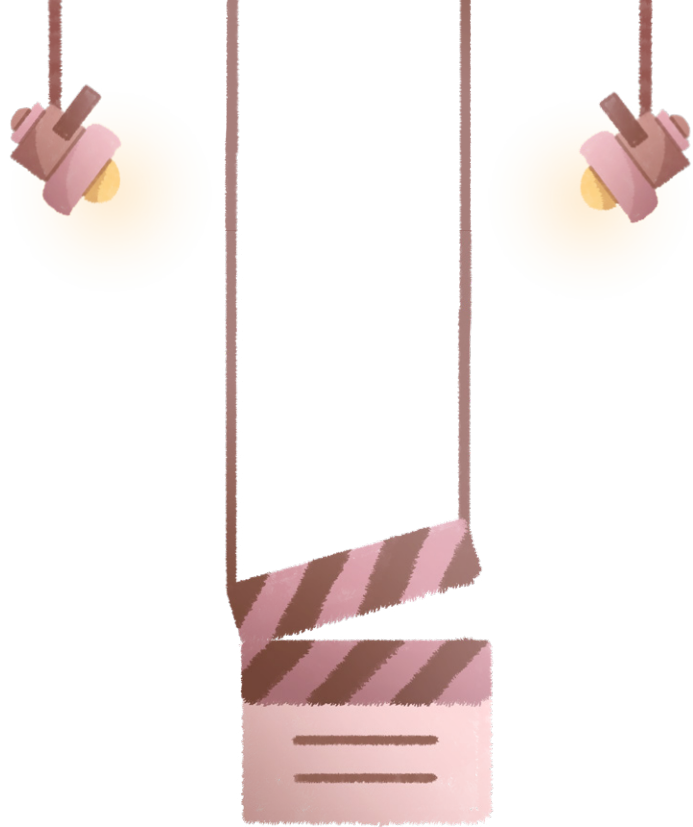


Yazmín Botero

(Barrancabermeja, 1980)

Comunicadora social con énfasis en audiovisual de la Pontificia Universidad Javeriana y especialista en Creación Narrativa de la Universidad Central. Su novela *Una cabellera con carácter* fue ganadora del Programa Departamental de Estímulos a la Creación, Producción y Circulación Artística, Becas Bicentenario 2017. Con su libro de cuentos *El libro de los miedos y sus monstruos* fue ganadora del programa de estímulos Motivarte Estímulos e incentivos siempre Santander 2021. Es una de las escritoras del libro *Mujeres con todas las letras* –z de Editorial Planeta. Ha trabajado en diversas instituciones promoviendo la lectura y la escritura para todo público. Actualmente se desempeña como mediadora en el Centro Cultural del Banco de la República de Bucaramanga. Como escritora, continúa creando historias y personajes desde su corazón.





Categoría infantil

Infancias de 7 a 12 años





La voz del agua

Ganador del primer lugar

Juan Sebastián Castillo Cerpa (11 años)



En las madrugadas del Magdalena, cuando la neblina cubre las ciénagas, Rosa escucha un murmullo que no proviene de los hombres ni de las garzas azules. Es la voz del agua, que le recuerda a su abuela moliendo maíz y cantando coplas para espantar la tristeza.

“Cuidame”, susurra el río. “No me llenes de heridas”.

Rosa sabe que cada botella arrojada es una cicatriz y que cada pez ausente es un silencio en la memoria. Por eso enseña a los niños del barrio a sembrar árboles de guayacán en las orillas y a pintar murales donde el manatí sonríe.

Un día, mientras recoge caracoles junto al Sogamoso, un niño le pregunta:

—¿Por qué hablas con el agua?

Ella responde:

—Porque es la única voz que nunca miente.

El niño guarda silencio, como si entendiera que la vida del río es también la suya. Y cuando suelta el caracol de regreso a la corriente, escucha también el murmullo.

Desde entonces, Rosa ya no está sola porque cada palabra que siembra se convierte en raíz, cada historia que cuenta florece en canción.

El niño y su imaginación

Ganador del segundo lugar

Luis Santiago Carreño Solano (10 años)



Asomado a la ventana, un niño de un nombre muy peculiar empezó a dejar volar su imaginación. En cada rincón de su barrio comenzaron a aparecer monstruos.

A su derecha salió uno maloliente, vestido con bolsas negras. Sus brazos eran de lata y conchas, sus pies de tarro y papel. En la mano tenía un cartel que decía “No botar basura”, pero se lo tragó en un segundo.

Al frente, en el patio de la vieja Petra, apareció un monstruo de humo oscuro que abrió su boca y sus brazos como si quisiera comerse el cielo. Y a su izquierda vio un gigante de agua negra, espesa como petróleo, que salía de la cañería.

El niño, asustado por lo que había imaginado, cerró los ojos. Entonces recordó los cuentos que había leído: historias de ríos limpios, bosques verdes y criaturas de colores brillantes. Inspirado por esas páginas, comenzó a inventar nuevos monstruos, no de humo ni basura, sino de agua clara, aire fresco y árboles frondosos.

Entendió que su imaginación podía cambiarlo todo, y que cada libro que leía le daba el súper poder de ver el mundo de otra manera y aprender a cuidarlo.

Pelea de lodo

Ganador del tercer lugar

Samuel Stiven Silva Bahamón (10 años)



En un lugar muy lejano se encontraba un bosque donde habitaban ranas y patos. Entre ellos existían siempre peleas porque ambos querían los charcos de lodo. Una mañana después de terminar la lluvia, salieron emocionadas las ranas a brincar, pero al llegar a los charcos encontraron a sus vecinos, los patos, en ellos. Entonces, muy enojadas y desesperadas de no poder disfrutar, salieron a buscar ayuda con sus amigos mosquitos.

Los mosquitos, al escuchar la situación deciden reunir a los patos y las ranas. Les dicen que el bosque no es para pelear y que, si no comparten los charcos, iniciarían picadas explosivas en contra de ambos.

A la semana siguiente, en una tarde lloviznosa, fueron los patos quienes encontraron las ranas sumergidas en los lodos y decidieron invadirles su placer. Estando todos adentro y antes de volver a discutir se percataron de que estaban siendo observados por los mosquitos, por lo que fingieron jugar entre todos.

Pasaron las horas, la lluvia se acababa y ellos, jugando en el agua a quien más se ensuciara, no se dieron cuenta en qué momento los habían dejado de vigilar, pero que sí podían compartir por siempre sus charcos de lodo.

DO-RE-MI-FA-SOL

Sofía Alejandra Rodríguez Urango (12 años)



Así suena mi tierra y mi corazón,
son DONde REcuerdo MI amor con FAuna y SOL,
LAs más SInceras sonrisas,
DOradas REliquias MIas,
son oro no FAntasía,
destellos de Sol siempre son.
LAs tima mi SIlencio y dentro de mi corazón un son,
Son de polleras, son de tambor.

La niña y el libro mágico

Sara Sofía Guzmán Saavedra (10 años)



Me contó mi abuela que, en épocas pasadas, vivió una niña que le gustaba caminar por la orilla del río. Un día cualquiera, mientras lo hacía, vio de repente algo que brillaba. Se acercó un poco y pudo ver que se trataba de un libro. Empezó a leerlo y, aunque no lo entendía, le pareció muy interesante. Estaba a punto de terminarlo cuando del libro saltó un chigüiro que sabía hablar y hacía magia. La niña, un poco entre asustada y maravillada, le preguntó al chigüiro sobre el libro y esas palabras raras que había en él. El animal le explicó que estaba escrito en la lengua de unos indígenas que hace tiempo habitaron un lugar llamado La Tora. Movié un poco sus patitas y mágicamente las palabras cambiaron para que la niña las pudiera entender. El libro que ella tenía en sus manos contaba la historia de lo que hoy es Barrancabermeja. Es el mismo libro que ahora tengo conmigo.

La voz del río digital

Megan Valentina Arrieta Palomino (11 años)



En un futuro no muy lejano, Barrancabermeja despierta cada mañana con el suave murmullo del río Magdalena, que acaricia las orillas y cuenta historias de tiempos pasados. En las comunidades ribereñas, los jóvenes escritores se han convertido en actores de su propio destino, utilizando la tecnología no solo para narrar, sino para conectar con su entorno.

Las páginas de sus cuadernos están llenas de sueños: un mundo donde la innovación y la naturaleza coexisten en armonía. En sus relatos, el río no solo es un recurso, sino un personaje que enseña, que recuerda las tradiciones orales de sus ancestros y que inspira a las nuevas generaciones a cuidar su hogar. A través de sus historias, los escritores se convierten en guardianes del Magdalena, transforman su amor por la tierra en acciones.

Los escritores se convierten en actores del cambio y unen a su comunidad en un futuro donde la tecnología es aliada de la naturaleza, y donde cada palabra escrita es un paso hacia la reconciliación con el medio ambiente.

El medio ambiente al rescate

María Paula Santos Cuervo (10 años)



Una tarde, dos amigos visitaban el majestuoso río Magdalena en Barrancabermeja. A lo lejos, entre el brillo del agua, se acumulaban botellas plásticas y montones de basura. Sin embargo, allí también habitaban criaturas sorprendentes como la elegante garza morena y una curiosa iguana.

Los niños, maravillados, observaron a los animales. Para su sorpresa, la iguana les habló:

—Hola, pequeños, ¿quieren conocer este lugar? Entren a mi casa y les contaré todo.

Intrigados, los amigos aceptaron. Pero, apenas cruzaron la puerta, la garza cerró la entrada y los dejó atrapados. El miedo los envolvió.

De pronto, apareció el viento. Con un soplo poderoso abrió la puerta y los liberó.

—¡Gracias por salvarnos! —exclamaron los niños, aliviados.

—No hay de qué —respondió el viento—. Protegerlos es también proteger mi hogar.

Entonces comprendieron que la contaminación no solo daña a los ríos y a los animales, sino también a quienes viven cerca de ellos. Prometieron cuidar el ambiente, pues entendieron que la naturaleza, al igual que los seres humanos, también sufre... y también sabe rescatar.

La iguana que le gustaba bailar

Emmanuel David Gómez Traslaviña (11 años)



Había una vez una iguana que le gustaba bailar y se llamaba Ricardo. Siempre le hacían *bullying* con lo de *la iguana tomaba café a la hora del té*, él ya estaba cansado. Un día se armó de valor y fue con los que le hacían *bullying* y les dijo que se quedaran quietos o les pegaba con la cola; ellos le dijeron okey, pero se fueron pensando este qué se cree. Ricardo solo quería bailar, en las noches Ricardo se iba a la discoteca con el DJ que era su amigo, Pablo, y su otro amigo, Juan, que siempre lo apoyaba cuando bailaba; Ricardo siempre hacía competencias de baile de *break dance* y siempre ganaba, hasta que un día llegó su rival, el lobo pollero. Se enfrentaron, la competencia de baile fue muy épica, no se podía decidir quién ganó; la gente quedó impresionada. Los dos mayores rivales de baile desde pequeños, los dos bailaban igual de bien, los dos se hicieron grandes amigos, compartieron el trofeo y estuvieron felices por siempre.

Los ingenieros del agua: la continuación

Samuel Peña Pacheco (12 años)



La ciudad enfrentaba nuevos problemas: las corrientes de agua empezaron a cambiar de dirección, como si quisieran explorar un mundo distinto. Los nanobots, que en un inicio fueron diseñados para desplazarse en ella, aprovecharon las corrientes y poco a poco el caudal del río y de los mares fue creciendo. Las personas continuaron desperdiciando el agua y contaminando el medio ambiente.

El ciclo natural del agua se alteró y el calentamiento global incrementó la evaporación. Ese desequilibrio enojó a los nanobots, quienes, provocando desastres naturales, se rebelaron contra los barranqueños y demás seres humanos.

La humanidad comprendió con horror que los nanobots se habían vuelto en su contra. trataron de reprogramarlos, pero fracasaron una y otra vez. Intentaron múltiples estrategias para detenerlos, sin conseguirlo. Al final, no tuvieron más opción que dialogar. Se decretó un acuerdo: los nanobots detendrían los desastres si los humanos dejaban de contaminar y aprendían a cuidar el agua. Desde entonces, ambos empezaron a convivir en equilibrio. La humanidad entendió que no podía dominar a la naturaleza ni a sus propias creaciones y que solo al respetarlas podrían sobrevivir.

El corazón de Barranca

Sharid Yulitza Suárez Villamil (12 años)



En la calurosa y alegre Barrancabermeja, vivía Isabella, una niña que amaba su ciudad. Cada domingo acompañaba a su abuela al malecón del río Magdalena, donde el viento olía a pescado frito, a bollo limpio y a suero costeño. Mientras los tambores sonaban, los bailes folclóricos llenaban el aire de alegría.

Un día, mientras caminaban por la feria del pescado, Isabella encontró una pequeña concha dorada. Al tocarla, escuchó una voz que decía:

—Soy el espíritu de Barranca, guardián de tus tradiciones. Cuida mis sabores, mis músicas y mis fiestas, porque en ellos vive la alegría de mi gente.

Desde ese momento, Isabella empezó a enseñar a los niños a bailar cumbia y mapalé, a preparar el delicioso viudo de pescado y a respetar el río Magdalena, que da vida y riqueza a su tierra.

Con el tiempo, todos en la ciudad se unieron para celebrar sus raíces. Las calles se llenaron de colores, risas y aroma a sancocho. Y cuando el sol se ocultó, la concha dorada brilló una vez más, recordando que el verdadero tesoro de Barrancabermeja está en su gente, su cultura y su amor por la tierra.

La tinta del río

Juan Pablo Gómez Causado (12 años)



Frente al Magdalena abro mi cuaderno. La corriente parece escucharme mientras escribo y cada palabra que dejo caer sobre la hoja despierta algo: un árbol que vuelve a crecer en la orilla, una canoa que se anima a cruzar, un vecino que se reconcilia con otro.

No siento que invente nada, más bien, recojo lo que el río me dicta: voces antiguas, cantos de pescadores, secretos guardados en su oscura agua.

Escribir aquí no es un oficio tranquilo, es sembrar memoria, cuidar lo que aún late y recordar que Barrancabermeja respira con sus ríos.

Al final entiendo que no soy testigo, soy parte de la escena. Cada palabra que nace en mi mano también me transforma.

La princesita

Salomé Argote Palomino (10 años)



Había una vez una princesa que le gustaba tener muchas aventuras, pero sus papás se lo impedían porque no podía salir de casa. Un día la princesita decidió salir del castillo y pudo ver los hermosos árboles y pajaritos cantar. De repente, en esa búsqueda encontró a su mágico compañero que fue un pajarito bello, de colores vivos al que ella mágicamente le llamó Pepe. Pepe se caracterizaba por ser un pajarito simpático, gracioso y muy amable con ella. Mientras buscaban aventuras, se encontraron al primer villano, Eskarle, un ser mitad humano, mitad robot, que su finalidad era destruir el mundo como diera lugar con solo soplar y agitar sus manos. A pesar de esto la princesa y su mágico compañero de aventuras, Pepe, al ver esta situación decidieron enfrentarlo y dialogar para mostrarle lo maravilloso que es el mundo en el que estamos, que a pesar de las dificultades siempre salimos adelante y más cuando hay amor y mucho diálogo. Mágicamente el temible Eskarle ablandó su corazón y decidió quedarse y ayudar a mejorar el mundo en el que estamos, así que la princesa, el pájaro Pepe y Eskarle mágicamente fueron felices los tres.

Cámara de invenciones

Jesmary Elisabet Perozo Navas (11 años)



Necesitaba reescribir: convertir lo largo en una chispa que contuviera todo lo que sentía. Llegué a un bosque lleno de robles y abetos donde encontré un libro cubierto de musgo y raíces llamado *Antes de Adán* —la fuente que buscaba—; sus páginas se doblaban y recomponían ante mis ojos, transformando héroes en villanos y humanos en lobos alfa. Abrumada por la magnitud de aquello, cerré el libro; no sabía cómo encoger un mundo en un puño de palabras sin traicionarlo. Entonces, mis criaturas —las que yo misma había inventado— me rodearon. No era el bosque: era mi cabeza y mi corazón. La magia no estaba en el papel sino en mi mente. Una llamarada azul me iluminó y una voz preguntó: “¿Quién eres?” —“Soy Jesmary Perozo”, respondí—. “Y La cámara de invenciones son mis historias”. Si quieres entrar al lugar donde nacen mitos y secretos, abre la cámara de invenciones, allí cada página te robará la respiración.

La huella que dejó mi gatita

Yuliana Rojas Castrillón (10 años)



Mi gatica llegó a mi vida como un regalo inesperado. Mi primito, que tiempo después la violencia me arrebató, fue quien la recogió de la calle. Desde entonces, ella se volvió mi compañera más fiel. No sabía maullar, pero en su silencio me hablaba. Cuando lloraba o estaba triste, venía a mis brazos y me hacía sentir escuchada. Era como si llevara en sus ojitos un pedacito de mi primo y me recordaba que nunca estaría sola.

Un día noté que le habían mordido la colita. Corrí a contarle, pero nadie me escuchó. Poco a poco su salud empeoró y mi angustia creció. Mis padres decidieron llevarla al veterinario, y yo me quedé en casa, esperando respuestas. Pasaron días de incertidumbre, hasta que mi mamá me llamó y me dio la noticia que más temía: mi gatica había muerto. Sentí que el mundo se partía en pedazos, lloré sin consuelo y caí en una tristeza profunda.

Sin embargo, con el tiempo y gracias a mis amigas comprendí algo importante. Aunque ya no esté conmigo físicamente, mi gatica siempre vivirá en mi corazón. Ella fue más que una mascota: fue mi compañera.

La babilla de mi casa

Juan José Naranjo Chacón (11 años)



En una noche monstruosa de esas que resopla el viento con fuerza llegó el impresionante animal. Por la noche, buscando refugio, el primer lugar que encontró allí era al lado de mi casa, ahí hay un pequeño lago en el cual le gusta estar ya que es muy fresco. Pasaron días para darnos cuenta de que la babilla ahí estaba. Cuando la descubrimos era pequeña, flaca, casi recién nacida. Al principio no le dábamos comida pero después de un largo tiempo empezamos a tener confianza con la babilla, no a tocarla, pero un vecino le tiraba cosas de comer, lo cual a ella le gustaba. Luego conforme pasó el tiempo, la babilla se alejaba por días de aquel lugar.

Cuando después de mucho tiempo la volvimos a ver, le contemplamos un cuerpo más ancho y una barriga más gorda, aunque hay que tener mucho cuidado porque de todas formas es un animal muy peligroso.

Estas pequeñas especies empiezan a salir, ya que algunas personas contaminan los ríos y ciénagas que son el hábitat de ellas, así que salen a buscar un lugar limpio donde estar.

Categoría juvenil

Jóvenes de 13 a 17 años





Gotas de memoria

Ganadora del primer lugar

Linda Stefany León Álvarez (16 años)



A la niña la vieron por primera vez sentada junto al Magdalena, con un cuaderno entre las piernas y los ojos más viejos que su rostro. Nadie le habló. Barrancabermeja ya había aprendido a no mirar demasiado, a no preguntar. El silencio también se hereda.

Ella escribía como si el agua le dictara. No cuentos, no fantasías. Nombres. Fechas. Fragmentos. A veces temblaba, como si cada palabra le doliera en los huesos.

Los vecinos decían que estaba loca, que no se podía vivir mirando hacia atrás. Que eso ya había pasado. Que era mejor seguir.

Pero ella sabía, lo había escuchado en los murmullos del Magdalena, en los ecos del Sogamoso y en el cauce discreto de la Colorada, que nada “ya pasó” si no se nombra. Que el agua guarda los gritos, y el barro, las pruebas. Que el olvido es una costra cómoda que pudre por dentro.

Un día, los nombres desbordaron el cuaderno. Se escribieron en las paredes, en las tamboras, en los techos agrietados del barrio.

La niña no pedía justicia. Solo memoria. Porque entendió que quien recuerda, resiste. Y que escribir, en esta tierra rota, es lo más parecido a desenterrar.

El regreso de las totumitas

Ganador del segundo lugar

Kevin Daniel Morales Luna (15 años)



En el corregimiento de Ciénaga del Opón, Samuel pasó las vacaciones con su abuela, Rosa. En ese lugar, la ciénaga se veía tranquila, con canoas flotando suavemente.

Un día, revisando reliquias guardadas en un baúl, Samuel encontró una totumita grabada con peces. Preguntó a su abuela qué era. Rosa le contó que, hace años, en las fiestas patronales la gente bebía en totumas y servía la comida en hojas de plátano para cuidar la tierra y la ciénaga. Con el tiempo, esa costumbre se perdió y ahora todo es platos, vasos y cucharas desechables. Esos residuos quedan en el suelo, y el viento los arrastra al agua y terminan dañando a los peces porque tardan siglos en descomponerse.

Samuel decidió rescatar esa tradición. Reunió a varios jóvenes y fueron finca por finca recogiendo totumos verdes y secos, los cortaron, lijaron y grabaron en ellos pececitos.

En la siguiente fiesta patronal, todos bebieron en totumas y comieron en hojas de plátano. No había basura, ni plásticos, solo música y una ciénaga limpia.

—Abuela, lo logramos —dijo Samuel con brillo en los ojos.

—Sí, hijo —respondió Rosa abrazándolo.— Hoy cuidamos la ciénaga... y nuestro futuro.

Kairuma

Ganadora del tercer lugar

Ashley Julieth Barrera Barrera (16 años)



En las riberas del Magdalena, cuando la selva cubría lo que hoy es Barrancabermeja, vivía el grupo Araya, parte de los antiguos yariguíes. Ellos decían que la luna no era un astro lejano, sino una madre vigilante a quien llamaban Kairuma, Señora del Brillo Nocturno.

Cada luna llena, los Arayas tallaban en caoba sus canoas y, bajo el resplandor plateado, las cargaban con peces, frutos y flores. Así llevaban la ofrenda al río, donde el reflejo de la diosa parecía beberla.

Kairuma pedía solo un tributo: que un joven Araya se dejara besar por la luz de la luna. Aquel rayo sobre la piel era la señal de que ella lo reconocía como hijo suyo, hijo de la selva y del cielo.

Los ancianos susurraban que, cuando la luna estaba más grande y redonda, podían verse en sus manchas los rostros de los que habían sido tocados por su luz. Y así, generación tras generación, los Arayas aprendieron que su linaje no se escribía en piedra ni en sangre, sino en el resplandor eterno de Kairuma sobre las aguas del Magdalena.

El agua

Sofia de los Ángeles León Ríos (14 años)



Podía sentir el líquido en mi piel, empapando mi ropa cada vez más pesada, el río Magdalena se sentía ruidoso y calmo al mismo tiempo, abrí mis ojos y pude ver cómo la luna se postraba ante mí observando con curiosidad, como si mi cuerpo flotante fuera algo de admirar. Podía escuchar los susurros del río, de las vidas que habían estado ahí y de la muerte que manchó sus aguas de sangre, las mismas aguas que recorrieron estas tierras por siglos. Al final era un sacrificio, caí en cuenta al hundirme en el fondo del río que me había quitado tanto, que mi vida era solo una más, como la de mis hermanos antes de mí y como la de incontable gente que después de mi lo será, una vida más para aquella luna, que en mi agonía pensaba que me miraba. Buscando comodidad en mis últimos momentos de aliento, me dejé llevar por la corriente. No había resistencia contra el inevitable destino que me esperaba, y poco a poco seguí descendiendo para volverme parte de la tierra que me había escupido, convirtiéndome en uno con el agua que alguna vez bañó mi cuerpo.

El susurro del Magdalena en Barrancabermeja

Sebastián Alberto Peña Castro (17 años)



En Barrancabermeja, cuando cae la tarde, los techos y el aire se espesan por el calor. El río Magdalena brilla como un espejo inquieto. María, muchacha de barrio sencillo, acostumbraba remar hacia la ciénaga San Silvestre con una vieja canoa que había heredado de su padre. Allí, entre el croar de las ranas y las garzas que levantaban vuelo, encontraba un silencio que la ciudad nunca le regalaba.

Aquella tarde, el río estaba generoso. Vio pescadores clavando en el agua con la precisión de flechas. Sonrió, acordándose de las palabras de su abuelo: “El Magdalena siempre habla, pero no todos lo entienden”. Cerró los ojos y el viento húmedo le trajo olor a bocachico asado que venía desde la orilla, mezclado con tambores de algún ensayo para las fiestas ribereñas.

Pensó entonces que el río era más que corriente y espuma. Era memoria y sustento, era espejo de la gente que madruga, de los niños que juegan en las orillas, de los pescadores que no se rinden. Mientras el sol se escondía tras la lejana línea de palmas, supo que el Magdalena no solo corría, también la cuidaba.

Entre ríos, fantasmas y palabras vivas

Shaira Lucía Villamizar Bastidas (13 años)



Cuando escribo siento que me pongo un disfraz invisible. Con él puedo ser muchas cosas: una niña que conversa con el río Magdalena, una guardiana de árboles, o hasta una amiga de la Patasola, que ya no me persigue, sino que me cuenta cómo se siente cuando tumban los bosques.

En el centro dicen que una enfermera aún camina entre pasillos vacíos. Yo la imagino escribiendo recetas de vida, recordándonos que la salud también está en el aire limpio y en el agua clara. El Mohán, con su risa traviesa, me habla desde el río Colorada y parece pedirnos que no olvidemos los peces ni las historias que habitan en sus aguas.

Cuando paso por el parque que antes fue el cementerio, la “niña fantasma” juega a las escondidas conmigo. No asusta, más bien me enseña que recordar a los que se fueron es otra forma de hacer paz.

Escribir me hace actriz cultural porque uno mezcla la tradición con lo nuevo: celulares, libros digitales y hasta leyendas contadas en videos. Soy aprendiz porque cada historia me crece por dentro. Y soy tejedora de paz porque en mis cuentos los fantasmas no asustan, enseñan.

Guardiana del muelle

Weyder Andrés Turizo Méndez (13 años)



Me llamo Garza y conozco el río Magdalena como el pescador conoce su anzuelo. En la penumbra del muelle de Barrancabermeja observo cómo las canoas se desperezan: hombres y mujeres que desde las cuatro de la mañana lanzan la atarraya que repite un gesto heredado. Siento el olor a río, a pescado fresco y a madera húmeda; escucho los chistes y las enseñanzas que pasan de padre a hijo como redes a tensar.

En la faena veo técnicas antiguas: redes, anzuelos, palangres y atarrayas que forman un baile lento. Algunas noches las conversaciones hablan de la marea, de las bajantes que asustan y de la necesidad de cuidar el cauce. Me acerco y miro cómo la captura va al mercado, cómo la comunidad se reúne en torno a la canasta compartida; el muelle es escuela y mesa.

Un día, tras una faena escasa, noto dedos que limpian la orilla con más cuidado, promesas de remendar redes y de no ensuciar el río. Al amanecer siguiente, la atarraya vuelve a volar y yo, en mi rama favorita, recupero la calma: guardo en mi vuelo la memoria de los pescadores, recordando que cuidar el río es cuidar la vida.

Hijo de la música

Julián Leonardo Reyes Picón (15 años)



Sobre la avenida principal de Barrancabermeja, la multitud esperaba el desfile del 20 de julio, y entre ellos estaba Julián, un joven de quince años con su tambor colgado al hombro. Era la primera vez que marchaba con la banda marcial de su colegio.

Cuando sonó el primer redoble, los pasos firmes de la banda hicieron vibrar el suelo. Los uniformes negro y amarillo brillaban con mucha elegancia, y el eco de trompetas y tambores llenaba el aire. La gente aplaudía, algunos grababan y otros recordaban su infancia en aquellas mismas calles.

Julián, nervioso, pensó en todo el esfuerzo que le tomó llegar ahí y se dio cuenta de que los desfiles siempre habían sido el corazón de la ciudad. Tocando con fuerza, sintió que no solo llevaba el ritmo, sino también la historia de Barrancabermeja: el petróleo, el río y la gente soñadora.

Al final del recorrido, exhausto pero sonriente, supo que ese día no había sido solo un desfile, sino su manera de unirse al latido musical de su ciudad, ya que aquella banda no era solo música sin sentimientos, había sido unión, paz y reflexión para la ciudad.

El eco del motor invisible

Alexandra del Carmen García Cedeño (15 años)



En Barrancabermeja, la noche huele a petróleo y a río. Manuel, viejo lanchero, se levantaba antes del amanecer para cruzar pasajeros entre orillas. Decía que el Magdalena era su casa y su enemigo, porque lo alimentaba con peces, pero también le arrebató un hijo en una creciente.

Una madrugada brumosa, mientras esperaba clientes en el muelle, vio a una mujer vestida de blanco que le pidió un viaje corto, “hasta donde la neblina se acabe”. No llevaba maleta, ni acento conocido. Manuel encendió el motor y avanzó. Cuanto más remaba, más espesa se volvía la bruma. El reloj parecía detenido y el río sonaba como si guardara respiraciones ajenas.

De pronto, la mujer señaló la ribera oscura. “Aquí me bajo”, dijo, y desapareció entre los árboles sin dejar huella. Cuando Manuel regresó, el sol ya estaba alto y los vecinos lo miraban extrañados pues habían pasado tres días.

Desde entonces, los pescadores aseguran que, en las madrugadas de Barrancabermeja, se escucha el eco de un motor invisible avanzando en la niebla. Manuel nunca volvió a hablar de aquella pasajera, pero en su lancha quedó grabado, con letras torcidas, un nombre que nadie pudo borrar: Magdalena.

Escamas

Yuritza Tatiana Flórez Villa (17 años)



Creí que estudiar el medio ambiente era leer un libro de hojas frescas. Pensé que, al comprender al río, mi sangre aprendería a fluir como la suya.

Un día, entre matorrales, hallé a una iguana vieja como el barro. No habló con la boca, sino desde el aire, “¿vienes a estudiar lo que queda?”.

El mundo se desgarró. Vi un río arrastrándose como víscera aceitosa, peces flotando, aves ennegrecidas cayendo del cielo. Árboles mutilados, cuerpos diminutos formaban cementerios abiertos. El aire se quemaba, cada respiro era un año perdido.

Grité, pero el río me robó la voz. La iguana bajó la cabeza y dejó caer una escama en mi mano. Sentí un dolor que no era mío.

—Ahora lo sabes —dijo—. Y saber es condena.

Desperté sola, pero la escama ardía en mi palma. Desde entonces escucho el llanto del agua, el gemido del humo, la agonía de cada árbol.

A mis diecisiete, entendí que el medio ambiente no es paisaje, sino cadáver. Y yo, aunque niña, cargué con su último aliento.

Voz del Magdalena

Sebastián Andrés Castañeda Marín (13 años)



Desde antes de que me llamaran Magdalena, ya llevaba en mi cauce las historias de quienes vivían a mis orillas. Garzas y bagres me habitaban, y en mis aguas crecieron las redes de los pescadores que encontraban sustento en cada madrugada.

Un día vi levantarse torres de acero junto a mis orillas. Era la refinería, y con ella llegó Ecopetrol. Miles de obreros llegaron a mi ribera con sueños y cascos, levantando casas, escuelas y caminos. Mi reflejo se llenó de luces nuevas y en mis orillas crecieron barrios enteros.

Pero también sentí el peso de ese progreso. A veces mis aguas se oscurecían con desechos y la ciénaga San Silvestre, mi hermana, sufrió heridas que aún no sanan. Escuché toses de pescadores, vi manchas en la piel de los niños que jugaban conmigo.

No reniego de lo que he visto. Soy río y sé resistir. Solo pido equilibrio: que la llama del petróleo arda sin apagarse mi corriente, que la ciudad prospere sin olvidar que de mí nació la vida.

Mientras mis aguas sigan corriendo junto a la refinería, la esperanza de Barrancabermeja seguirá encendida.

Iguana obrera

Andrés Felipe Sánchez Gómez (15 años)



Crucé el Magdalena buscando un destino nuevo. El calor de Barrancabermeja me quemó las escamas, el rugido de la refinería me sacudió el pecho. Aquí no había selva ni sombra, sino hierro, humo y hombres que madrugan con las manos curtidas. En la Plaza de Mercado aprendí a sobrevivir entre cajas de pescado y frutas olvidadas.

Un joven mecánico me encontró una tarde, cuando casi me arrolla una llanta. Sus manos manchadas de aceite me levantaron con cuidado. Desde entonces, su taller se volvió mi guarida: un bloque de motor ardiente, refugio en medio del estruendo. Me llamaron “obrero”, aunque no usaba martillos ni llaves, entendí que mi labor era resistir cada día, como él.

Una noche seguí sus pasos hasta la ciénaga Miramar. Allí, iluminado por reflejos de agua, apareció el Cristo Petrolero, brazos abiertos sobre la ciudad. Vi en esa figura hecha de hierro y fe el mismo esfuerzo que sostiene al obrero y al migrante. Comprendí entonces que no había llegado en vano: Barrancabermeja también podía ser mi casa.

Y mientras el Cristo bendecía al río y a los trabajadores, yo, iguana errante, decidí quedarme, con la piel lista para mudar y el corazón dispuesto a renacer.

Cuando el cielo cayó en Barrancabermeja

Marlene Emilia González Meriño (17 años)



En las orillas del río Magdalena, en Barrancabermeja, hija del Sol, la vida ardía entre tambores, ferias y el aroma del pescado fresco. Una noche, cuando la brisa agitaba las palmas, apareció entre las sombras un ser desconocido, solo descrito en libros santos: un ángel caído. No tenía el resplandor del cielo, pero su belleza era tan intensa que nadie podía apartar la mirada.

Su piel brillaba como el sol del atardecer y sus ojos reflejaban el oleaje del río. Caminaba descalzo por el malecón, escuchando gaitas y vallenatos, como si el eco de la música curara sus alas heridas. Nadie sabía de dónde provenía, pero su silencio daba una paz y esperanza donde a veces ni se encontraba fácilmente.

Los pescadores contaban que al llorar, sus lágrimas se volvían peces plateados que llenaban las redes. Los niños lo seguían, creyendo que era un guardián oculto de la ciudad.

El ángel, aunque caído, halló refugio en la alegría barranqueña: en la danza, en la fe de los barrios y en la calidez de su gente. Y comprendió que no necesitaba volver al cielo, pues Barrancabermeja era ahora su paraíso, uno donde podía ser él mismo.

El mensaje del Magdalena

Edward Santiago Osma Moreno (14 años)



En Barrancabermeja, la ciudad que huele a petróleo y sabe a río, vivía Santiago, un muchacho curioso que pasaba las tardes mirando cómo el sol se escondía detrás del Magdalena. Su abuelo siempre le contaba que el río guardaba secretos, que en sus aguas flotaban recuerdos de pescadores, luchas y promesas incumplidas.

Un día, Santiago decidió seguir la corriente en una canoa vieja. El río estaba tranquilo, pero de pronto el viento sopló fuerte y lo empujó hacia una orilla desconocida. Allí encontró un árbol enorme, con raíces tan profundas como la historia de la ciudad. En el tronco alguien había escrito: “Aquí empieza la esperanza”.

Santiago sonrió, pensó en la gente de su barrio, en los trabajadores del petróleo y en quienes sueñan con un Barrancabermeja distinto. Sintió que ese mensaje no era solo para él, sino para todos los que alguna vez dudaron del futuro.

Desde entonces, cada vez que veía el río, ya no pensaba en calor ni en petróleo. Veía movimiento, vida y esperanza, como si el Magdalena quisiera recordarle que, aunque el pasado pese, siempre hay corrientes nuevas para empezar de nuevo.

La ciénaga que da vida

Alejandro Monterrosa López (13 años)



En medio de la ciudad vivía un abuelo y su nieto. El aire pesado, el constante ruido y el poco verde del paisaje entristecían al nono. El chico para alegrarlo, lo invitó a salir. Juntos caminaron por la ciudad. Pasaron por avenidas llenas de autos, altos edificios y muros grises. Pero nada lograba subir su ánimo. En un descuido, se desvaneció y el joven lo buscó.

Sin aliento, echó un último vistazo y algo verde lo llamó. Al voltear, vio en un estanque que nadaban los peces, las garzas cazaban con paciencia y alrededor los árboles crecían, llenando de aire fresco el lugar y en un rinconcito mágico, el abuelo se sentía vivo otra vez.

Categoría adultos

Mayores de 18 años





Cuando calla el río

Ganador del primer lugar

Paul Alzate Flórez (53 años)



En el atardecer de la ciénaga San Silvestre, el pescador lanzó su atarraya y, en lugar de peces, emergió un manatí. No se asustó, lo miró con calma, como si ya se conocieran.

—¿Por qué vienes a mí? —preguntó.

El manatí respiró hondo, como si hablara con la brisa.

—Porque me estoy muriendo, y contigo muere el río.

El hombre bajó la mirada. Sabía que aquel ser pacífico mantenía viva la ciénaga. Sin él, habría hambre y desolación en el agua y en la región.

—¿Y qué puedo hacer? —susurró.

—Escribe mi nombre antes de que lo borre el olvido —suplicó el manatí.

Cuando quiso responder, el animal flotaba inmóvil, con los ojos cerrados. La corriente lo arrastró despacio, hasta perderse como espuma entre la taruya.

El pescador volvió con la red vacía. En la orilla lo esperaba su hijo, que preguntó con inocencia:

—Papá, ¿qué atrapaste hoy?

El hombre tragó saliva. No tuvo valor de decir que había visto morir al último manatí. Solo acarició la cabeza del niño y pensó: *si no lo escribo de inmediato, él jamás sabrá que alguna vez existió.*

Amigo

Ganador del segundo lugar

Juan Sebastián Duarte Torres (18 años)



Ese marica creció conmigo: parchaba en mi casa, jugaba micro con nosotros. Estudiamos hasta sexto y después se cambió de cole por problemas en la casa, pero seguía cayendo a mi sala a tomar gaseosa y a joder con el combo.

De a poquitos se fue alejando. Ya no llegaba a las pateadas, se iba antes que todos y se la pasaba con los del otro colegio. Una noche, en el muelle del Cristo, lo pillé fumando bareta. Le pregunté qué hacía y me soltó: “problemas, mano”. Yo le dije: “todos tenemos problemas. Yo no me estoy metiendo esa mierda”. No dijo nada. Desde ahí la cosa se enfrió, como si de un momento a otro ya no fuéramos los mismos.

Un día me levanté con la noticia: lo habían matado en el cerro. Nadie sabía bien si fue por vueltas mal hechas o por andar con la gente equivocada. Lo velaron por allá arriba, entre rumores, lágrimas y miradas pesadas.

Yo solo pensé: qué gonorra perder un amigo así, pasar de risas y gaseosas, a terminar botado por un mal paso. La vida en estos tiempos no perdona: hoy jugamos micro, mañana nos entierran.

Cayena

Ganadora del tercer lugar

Elvira Patricia Mendoza Macana (33 años)



Cayena no olvida esa tarde cuando, al salir del cementerio, una amistad le aconsejó que ahora lo que debía hacer era pasar la página, pues el mundo nunca sería para los que sueñan. No tomó el consejo. El oficio de tejedora se lo aprendió a su madre, y juntas tejían no solo accesorios, sino la vida misma. Ella no sabe hacer otra cosa. Desde entonces se levanta temprano para cumplir con su deber. Para dobligar su carácter se necesitará algo más que amenazas que llaman a su teléfono o tocan a su puerta en forma de arreglos florales. Se necesitará algo más que unos cuantos sustantivos odiosos que buscan reemplazar y manchar su buen nombre, ese nombre que, en los últimos doce meses, embellece las listas negras que rondan por la ciudad. Se necesitará algo más que acusaciones y testigos falsos para intentar meterla a la cárcel si sigue de necia.

Cayena sabe —y lo ha gritado a los cuatro vientos— que se necesitará algo más para que ella deje de tejer una sociedad más justa.

—¡Qué especie más rara es esta! Ni miedo a perder la vida tienen— se dice mientras observa la foto de su madre.

El río llama

Gina Paola Puentes Palacio (47 años)



Siempre que mi abuelo regresaba del río, sus manos olían a pescado. Ese día, los pescadores llegaron a la casa para celebrar su vida y agradecerle por todo lo que había hecho por ellos. Recuerdo que, cada vez que nos visitaban, mi abuelo sacaba su tambora y tocaba *La pollera colorá*. Don Pepe se unía con el acordeón y doña Juana traía las maracas. La abuela se unía a la fiesta con su falda larga. Una flor adornaba nuestras cabezas y bailábamos juntas.

El toque principal era un sancocho “levanta muertos” que las señoras de la comunidad preparaban para todos.

Cuando la reunión terminó, uno a uno se fueron despidiendo de mi abuelo. Lo tomaron de la mano y le agradecieron por todo lo que había hecho por ellos y por el río. En el momento que quedamos solas, le dije a mi abuela:

—¿Por qué no le das un plato de sancocho a mi abuelo?, tú siempre has dicho que ese plato levanta muertos; tal vez así pueda levantarse.

La abuela me dijo que cuando las manos estaban frías ya no había nada que hacer, que era hora de agradecerle y de despedirnos también.

Voces sumergidas

Yuri Yulieth Ramírez Bohórquez (28 años)



Habitamos la ribera. Sabemos que el Magdalena, otrora espejo de peces y canoas, hoy arrastra remembranzas y cicatrices. Nuestros abuelos narraban del bagre rayado que subía contra la corriente luciendo sus barbillones; del paujil de pico azul que tomaba baños para refrescarse; del manatí que cruzaba sereno; de la marimonda que vigilaba desde lo alto, y del carrito colorado que ofrecía sombra. Hoy, esos nombres son ecos de un canto que se apaga.

Resistiendo la invasión, los Yariguíes lo defendían con flechas. Después vinieron hombres con mapas, abriendo caminos hacia la costa, arrancando quinas, sacando chapapote y petróleo. Así nació Barrancabermeja, del vocabulario opón-carare y del rugido de las máquinas. Desde entonces aprendió a cargar petróleo y desechos, tanto como relatos y canciones.

Ahora somos nosotros, los descendientes del cacique Pipatón, quienes decidimos ser jornaleros del río: limpiando su cauce al sembrar árboles que abrazan la tierra, instalando sensores que alertan sobre vertimientos, rescatando prácticas comunitarias que transformen la indiferencia en esperanza compartida. Nuestra innovación no es artificio, es memoria de un territorio que senda caminos para un río que solloza, pero mientras lo defendamos con palabra y acción, cantará melodías del gran Maestro Juan Bautista Madera.

La garza azul

Mateo Jesús Vásquez Fernández (23 años)



“Culpa de ella, por intentar volar entre los muralistas.”

La voz de la ciénaga

Kevin Emmanuel Arrieta Valecillo (18 años)



La primera vez que me acerqué a la ciénaga Juan Esteban, el olor me golpeó como nunca: barro podrido, basura flotando y la descomposición que se aferraba al aire. Un agua marrón amarillenta que ya no tenía nada que decir... o al menos eso pensaba yo.

Los años me hicieron entender que no siempre fue así. Los mayores todavía recuerdan su brillo, los peces en la orilla, las canoas que surcaban esas aguas y se abrían paso hacia el amanecer... Hoy la miran con tristeza, como quien contempla un recuerdo que se deshace frente a sus ojos. Esa comparación me persigue más que el hedor a lo que, vulgarmente, los jóvenes llamamos “mierda”.

Por eso escribo. Cada palabra es un intento por rescatar eso que ya está hundido, un balde pequeño contra la marea del olvido. No creo que mis frases devuelvan la vida a la ciénaga, pero quizás eviten que nosotros muramos de indiferencia.

Porque aquí, ser escritor no es un lujo: es remar con tinta para que la ciénaga, aunque herida, no pierda su última voz.

Todas las tardes

Carlos Alberto Vásquez Rodríguez (65 años)



Declaración de guerra a muerte: todos ellos lo sabían. A la misma hora, el azúcar se servía en aquella mesa y la acompañaban las tazas de café inglés que le regalaron el día de la boda, cuatro tazas, un plato de galletas untadas en mantequilla y mermelada de fresa, las favoritas del señor de la casa; servilletas, mantel blanco, una cafetera, la misma que en los últimos años se utilizaba para la merienda, para el café con aroma a tierra lejana, y que perfumaba el salón, cerca al jardín donde ellas habitaban.

La trampa estaba tendida. Solo sería esperar a que llegaran... Llegaron, fueron apareciendo... una, cien, como sin avisar, como susurrándose una a la otra del gran festín; después mil. Rojas, todas rojas, como una mancha sobre el mantel. Venían también por la tarde, como era su costumbre, y sin pensarlo, la mezcla de limón y vinagre, de bicarbonato diluido con el azúcar, cayó para atraparlas, crear la confusión necesaria para que entre ellas se golpearan, se pisaran, murieran.

Aquello fue una masacre anunciada. Por primera vez, el café estuvo a tiempo en el patio de aquella casa.

El susurro de la Ciénaga

Saray Kamila Lamus Silva (18 años)



Siempre pensé que Barrancabermeja solo era calor, petróleo y motos haciendo ruido, hasta que un día mi abuelo me llevó a la Ciénaga San Silvestre. Me dijo: “Aquí también vive el alma de esta tierra”.

Al principio solo veía agua y monte. Pero cuando guardé el celular y abrí bien los ojos, todo cambió. Un manatí asomó la cabeza, como saludando, y un ave colorida que parecía de otro planeta pasó volando cerca. “Eso es un martín pescador”, dijo mi abuelo. Yo solo pensé: wow.

En ese momento entendí que la biodiversidad de Barranca no está en los libros: está viva, nadando, volando, respirando muy cerca de nosotros. Hay más de lo que creemos: tortugas, monos, peces únicos, hasta jaguares en los bosques cercanos.

Pero también vi basura flotando. Sentí rabia. ¿Cómo algo tan hermoso puede ser tan ignorado?

Desde ese día decidí hablar más de esto. No somos solo petróleo. Somos río, somos ciénaga, somos vida. Si no cuidamos esta riqueza, ¿qué nos queda?

Porque sí, Barranca suena a calor y motores... pero si escuchas bien, también susurra la voz de la naturaleza pidiendo ayuda.

Sanación

Ofelia Constanza Silva Rueda (46 años)



En la monó-ño roja, la ainaú-ño Piyané, arrodillada, susurraba al oilo-id : “Protégelo, que esté herewá:o”.

Su muré-id agonizaba por la fiebre; su murú-ya ardía como fotó (era la enfermedad que había traído el totó-id). Entonces, ella molió yakuru-d, menye; agregó la gwampa del ónique cazado por su okir-id, con maká-id. Mezcló también la sangre sagrada ancestral, el mene que brotaba de la tierra, con el tuná-i-ñé del Yuma, para preparar su antiguo pija-id.

Rogó el favor de Bwenunye y de Kanonya, mientras curaba su uperé-iño y murmuraba palabras del alma: “wapoté i-tota, wapoté ñeñe” —grande boca, grande mano—, para que su voz y sus actos fueran mandato.

El niño abrió los ieu, suaves como el k.au-ud, y sonrió.

Piyané supo que no solo el pija-id sana: también las palabras que vienen del porou-id, del corazón profundo que nunca muere.

Glosario Opón-Carare

Monó-ño: tierra

Ainaú-ño: mujer

Oilo-id: viento

Herewá:o: sano

Muré-id: niño

Murú-ya: sangre

Fotó: fuego

Totó-id: blanco

Yakuru-d: achiote

Menye: maíz

Gwampa: manteca

Ónique: saíno

Okir-id: esposo

Maká-id: yuca

Mene: petróleo

Tuná-i-ñé: agua

Yuma: Magdalena

Pija-id: remedio

Bwenunye: Sol

Kanonya: Luna

Uperé-iño: frente

Wapoté: grande

I-tota: boca

Ñiñae: mano

Ieu: ojo

K.au-ud: cielo

Porou-id: pecho

Encuentro

Luz Mery Corredor Barrios (68 años)



En un amplio y espeso manto verde, se escuchan sonidos: pitos, aullidos, cantos y melodías que entretienen al alma. Un gran cuerpo de agua avanza, semejando una serpiente. Allí, desde pequeñas embarcaciones, un grupo de hombres curiosos, cansados y hambrientos contemplan la ribera, rodeada de barrancos rojos. Desembarcan y buscan un lugar donde descansar. El clima es húmedo; los insectos voladores los rodean y se clavan en su piel. Entre los árboles, seres corpulentos con ojos desconfiados, vigilan sus pasos.

Es un espacio compartido por dos grupos diferentes, uno anclado a un territorio que abastece y satisface las necesidades de sus habitantes, en armonía con la naturaleza; el otro, un grupo de aventureros sin arraigo, con deseos de conquistar y dominar. Son seres diferentes. Cada uno tiene una identidad, creencias y códigos sociales.

Es un encuentro, donde se funden dos mundos, se invaden territorios, se arrebatan recursos y creencias; hombres y mujeres se entrelazan. Aparece una generación que conserva su arraigo al territorio. Saben que necesitan los recursos de la naturaleza, pero han olvidado cómo cuidarla y protegerla; han abandonado sus creencias. Ahora deben volver a sus ancestros, reconocer su historia y, en comunidad, construir armonía con su entorno.

Mi libro favorito

John Alexander Jiménez Guerrero (39 años)



Escrito hace cincuenta y cinco años, me acogió diecisiete años después. Cada página tenía perseverancia, convicción y amor inquebrantable. La humedad fue desvaneciendo sus palabras; sin embargo, nunca pudo borrar la fuerza que me da su historia.

El chigüiro y la ciudad de la Bella Hija del Sol

Aishly Lizzeth Rojas Castillo (18 años)



Había una vez un chigüiro que andaba muy feliz, pues regresaba a su hogar después de una larga migración. En el camino recordó un lugar del que le había hablado su abuelo: un punto hermoso donde, en su juventud, reunían los demás chigüiros; un centro de agua que tenía en la mitad una gran estatua que iluminaba todo su alrededor. Ese lugar era conocido como el Cristo Petrolero, en la ciudad llamada la Bella Hija del Sol. A ellos les encantaba ir allá porque era un sitio hermoso y muy tranquilo.

Tristemente, en la actualidad no sabía si todavía se podría contemplar esa vista, debido al tiempo que había pasado. Aún así, el chigüiro estaba emocionado y con la esperanza de poder verla.

Al llegar, se dio cuenta de que la estatua ya no brillaba. Sin embargo, quedó asombrado al notar la gran iluminación que desprendía el lugar. Detrás de la estatua se encontraba la refinería de la ciudad, iluminando intensamente.

El chigüiro siguió su camino feliz, pues, aunque era muy diferente a como su abuelo lo había descrito, tuvo la misma sensación.

El Sol que nunca descansa

Nicoll Salomé Medina Venga (18 años)



Érase una vez, en una ciudad llamada Barrancabermeja, existía un dios al que llamaban el Dios Sol, el dios de la luz y la esperanza. Cada día, el Sol salía desde el oriente para alumbrar la ciudad y atraparla en su calidez, y cuando llegaba la noche le daba paso a la luna para irse a descansar.

Un día, el Dios Sol se levantó alegre y decidió mostrar aún más sus imponentes rayos. Cuando salió, todas las personas de la ciudad se quejaron del calor que provocaban sus flamantes rayos, al punto de despreciarlo y empezar a idolatrar a la luna. El Sol, triste y furioso, decidió marcharse antes de lo normal. Las personas se alegraron, hasta que al día siguiente se dieron cuenta de que el Sol se había marchado definitivamente. La ciudad empezó a congelarse por el frío provocado por la luna, y ahí fue cuando comprendieron la gran importancia del sol.

Un día hizo tanto frío que los ciudadanos empezaron a gritar el nombre del Dios Sol y pedirle disculpas, el Sol los perdonó y volvió a brillar como nunca, y todos fueron felices.

Aguas

Nathalia Jiménez Amaya (24 años)



Me encontraba sentada a orillas del río, contemplando, con un poco de miedo, su inmensidad, mientras una tormenta amenazaba con llevarse todo a su paso y las aguas crecían más y más. Aquella era tan estruendosa que mis lágrimas permanecían imperceptibles, diluidas entre la lluvia, lo cual me hacía sentir mucho más insignificante. Sin embargo, al notar el cambio que atravesaba el río, pude comprender que, a veces, es una tormenta furiosa y devastadora lo único que nos puede ayudar a resurgir.

Mención Guillermo Cano:

A los mejores relatos que promueven la libertad de expresión y el periodismo con enfoque cultural.





Susurro

Luz Eliam Rodríguez Franco (47 años)



Los siete niños sonríen frente a la cámara, menos ella, una morena de diez años, alta, de ojos grandes y cabello crespo que surca el viento.

Sus labios se tensan y, con las manos, se tapa la boca. De cuerpo delgado y hombros recogidos, se esconde tras los chiquillos descalzos, de pies polvorientos y ropa sencilla.

—¡Sonríe! Que tienes una dentadura preciosa —dijo la fotoperiodista.

Ella estiró los labios y dejó ver una hermosa sonrisa de dientes grandes. Su mirada se iluminó.

Quince minutos después, la niña se acercó y le susurró:

—Mi padrastro me monta todos los días... ¡ayúdeme!
¡Lléveme con usted!

Una lágrima frágil, la cámara temblando entre sus manos y mil gestiones inútiles la marcaron para siempre.

Cada vez que enfoca su lente escucha el susurro.

Ya no busca sonrisas: captura verdades. Su cámara es la voz de la región que retrata.

Cantagallo, Bolívar, año 2003.

Muerte a las palabras

Olver Yamith Palomino Hernández (29 años)



José Alberto Minucia, hijo de pescadores del Barrio Abajo, había estudiado en el extranjero periodismo. Escribía para el magazín “Que no te callen la boca”. Allí se proponía denunciar la corrupción política de la región. Tenía muchos lectores que exaltaban sus letras y siempre comentaban que poseía un refinamiento para decir lo que todos gritaban entre murmullos. Pese a su éxito, vivía en condiciones de precariedad.

Poco a poco, le fueron cerrando espacios de palabras circulantes. Dejaron de invitarlo a las tertulias, y sus textos en el magazín los fueron achicando. Cada día eran más diminutos, hasta casi borrar sus pensamientos escritos. Sus colegas lo evitaban para no seguir su desdicha. No estaban dispuestos a vivir en la ruina a costa de la verdad.

Desde que volvió al corazón del río Magdalena, al pueblo del puerto, una sombra lo seguía. En su calle, la muerte rondaba vigilante. José Alberto Minucia no oyó el disparo. Lo confundió con el estruendo del portazo al cerrar su casa. Su sangre cubrió los volantes que llevaba consigo sobre su curso “Taller de periodismo comunitario: palabras para vivir”.

Para ti, ¿qué es Barrancabermeja?

Andrés David Pacheco Pérez (16 años)



Me preguntó de forma imprevista una periodista, ahí, cerca del descabezado.

—Pues... para mí, Barranca es su sol que arde hasta en la sombra, y el río murmurando recuerdos en el muelle. Es el olor a leña y a sancocho que entra por las ventanas los domingos, y el sabor del tamal o el de un Milo bien cargado del comercio para espantar el bochorno.

—¿Qué más?

—Mmm... Son las ciénagas guardando sus secretos, las ceibas que nieva en verano y las iguanas vigilando desde los palos de mango. Es su gente brava, que no se deja mangonear de nadie, pero que nunca niega el tinto ni la cháchara. Es el calor que sofoca y que a veces saca la piedra, pero también los momentos que se quedan y nos enseñan para no repetir los mismos errores del pasado.

— ¡Vaya! ¿Todo eso soy para ti?

Barranca, hija del Sol y de la pólvora

Joel Alfonso Ortiz Serpa (15 años)



En el barrio Boston, los niños corren como si el viento jugara con ellos, aunque el eco de las balas siempre intenta alcanzarlos. Así es la vida en Barrancabermeja, un día arde por el sol implacable y al siguiente se incendia por la muerte.

Esteban, con apenas quince años, parecía un destello frágil en medio del humo. No quería banderas ni armas, solo hacer mandados para su madre y jugar con sus amigos, pero las sombras crecían rápido en las esquinas. No eran los hombres los que asustaban, sino el llanto anticipado de las madres, que cada noche dormían con el presentimiento de un nombre en la lista de noticias.

Barranca, hija del Sol, debería brillar como un espejo dorado sobre el Magdalena, pero su reflejo se quiebra en cada disparo. La ciudad arde de belleza y maldad al mismo tiempo, como un corazón que late entre petróleo y pólvora. Y aún así, alguien repite que esta ciudad no es así, que es solo un espejismo, una farsa inventada para asustar.

Quizá Barranca no existe: tal vez sea un sueño colectivo, una cicatriz hecha de sudor, miedo y esperanza.

Barrancabermeja y su Descabezado

Juan Sebastián Orozco Sandoval (12 años)



Recuerdo aquel día que pasaba por un parque con una fila de taxis y escuché algo que me inquietó: “Recójame en el Descabezado”. Continué mi camino, pero la curiosidad me invadió. ¿A quién habían descabezado?

Esas palabras seguían dándome vueltas. ¿Por qué otros lo entendían y yo no? Corrí a buscar a mi abuelo, le conté lo sucedido:

—Abuelo, ¿Qué es el Descabezado y por qué lo llaman así?

Él sonrió y me respondió:

—Tranquilo, mijo, no es un espanto. Es el parque Camilo Torres, lo llaman así porque allí se encuentra un busto del padre Camilo Torres Restrepo. Hace mucho tiempo le pusieron una bomba que lo descabezó, pero después lo restauraron.

—Ay, abuelo, ¿Quién era ese señor?

—Fue un líder de luchas sociales. Se atrevió a resistir la injusticia en los setenta y ochenta en Barrancabermeja. Desde hace tiempo, este lugar es un ícono para propios y visitantes; allí se realizan eventos sociales, culturales, deportivos y religiosos. ¿Te queda más claro, mijo?

—Sí, abuelo, ahora entiendo que el padre Camilo fue muy importante y que, a lo largo de los años, nuestra sociedad transformó un acto violento en un espacio de encuentro cultural.

Mención Artes Escénicas:

A los textos que mejor integran elementos performáticos, dramáticos o dialógicos.





El escritor del muelle

Estefani Tatiana Reina (21 años)



Un día, Juan se fue de casa. Algunas personas decían haberlo visto en el muelle, donde solía sentarse a contemplar la belleza del río Magdalena. En la ciudad de Barrancabermeja y en sus manos llevaba siempre una libreta donde escribía muchas historias.

Quienes lo reconocían lo llamaban por su nombre, pero él respondía que ya no era Juan. Con el tiempo comenzó a hablar y a moverse como los personajes de sus historias. Un día les relató a algunas personas que en las páginas de su libreta guardaba las heridas de su alma.

Poco tiempo después, desapareció, y hoy muchos lo recuerdan como el escritor del muelle, aquel que se perdía en sus propias historias para olvidar su dolor. Nadie sabe si alguna vez regresó a casa o si decidió quedarse a vivir para siempre en las páginas que escribió.

Escritor

Jesús Miguel Mora Castro (30 años)



Algunos recuerdan, otros han olvidado para siempre; pero, en la tradición sobrevive el gesto de un escritor quien, donde no había nada, empieza a poner, poco a poco, en frente de nuestros ojos, como si fuera un truco de magia, un prado plano donde comienzan a florecer ceibas y palmeras, papayos y naranjos. Aparecen en escena unas babillas que caminan lento, seguidas por garzas, guacamayas, chigüiros e iguanas. En ese gesto, la escritura, como si el viento lo trajera en fragmentos de polvo, aparece en medio de un indígena. A continuación, las palabras se transforman en un río enorme que trae un barco y una guerra; guerra que, en lo que sigue, gana el indígena, quien luego es tristemente vencido, pero no para siempre. Su espíritu guerrero reaparece gracias a estas palabras, siglos después, cuando el signo del petróleo se presenta en la página, en un levantamiento popular; la sangre y el petróleo se vuelven indiferenciables en la derrota de la Comuna, pero la palabra no silencia el espíritu. Donde ahora hay olvido, este revive en la escritura de este cuento que lo recuerda.

El guardián del río

Nicol Tatiana Arias Peña (14 años)



No escribe con tinta. Su pluma es el murmullo del agua y su papel, la memoria del territorio. En Barrancabermeja, entre los brazos del Magdalena, el Sogamoso y la quebrada Colorada, vive un escritor que no narra desde la torre, sino desde la orilla. Es actor, sí, pero no de teatro: actúa sobre la vida. Siembra cuentos en forma de árboles, limpia el aire con poemas y crea personajes que enseñan a cuidar el agua. Sus palabras dialogan con abuelos que relatan mitos; con jóvenes que transforman residuos en tecnología; con pescadores que programan sensores para proteger los peces.

Cada historia es una semilla de paz. Cada párrafo une lo ancestral con lo nuevo. Escribe sobre una ciudad que dejó atrás el petróleo para abrazar su riqueza biocultural. Donde la tradición no se entierra sino que florece en innovación sostenible. Donde las comunidades reviven prácticas antiguas con herramientas del futuro cercano.

Es un tejedor de futuro con hilos del pasado. No escribe para entretener sino para sanar. Y cuando termina un cuento, no firma su nombre, lo deja flotar en el río, sabiendo que algún niño en alguna orilla, lo leerá en voz alta al amanecer.

El banco vacío

Eliana Barba Lugo (15 años)



Siempre paso por el parque cuando voy al colegio. Hay un banco de madera que casi nadie usa. Un día me senté allí porque estaba cansada y descubrí que tenía un pequeño corazón dibujado en una esquina. Desde entonces, cada vez que me siento, me pregunto quién lo habrá hecho y por qué.

Una tarde llovía, y aun así, decidí ir al parque. El banco estaba mojado, pero me quedé de pie mirándolo. Sentí que ese corazón también me pertenecía, como si guardara un secreto solo para mí.

Desde entonces, ese banco se convirtió en mi refugio. No importa si estoy feliz, triste o confundida; sé que puedo ir allí y encontrar un poco de paz, como si el mundo me dejara respirar un poco.

A veces pienso que tal vez alguien más también lo siente así, y que un día llegaré y ya no estará vacío.

El niño soñador

Dayanna Sofía Mercado Nieto (11 años)



Había una vez un niño que le gustaba sentarse a la orilla del río Magdalena con un pequeño cuaderno viejo, lleno de sueños.

No era actor de teatro, pero cuando leía sus historias en voz alta sentía que el mundo lo escuchaba.

En sus historias, los peces podían cuidar el agua y las garzas aplaudían con sus alas, los árboles, quietos, parecían parte del público.

El niño actuaba como un cuidador ambiental, hablaba de no arrojar basuras y recordaba las historias de su abuela. Cada palabra que ella le dijo se convertía en una nueva enseñanza, porque sus frases dejaban una esperanza para su ciudad.

Y él soñaba con un río limpio de agua pura, porque sabía que esa semilla de conciencia que estaba sembrando tendría un futuro mejor.

Mención Innovación Sostenible:

A las narrativas
más creativas sobre
tecnología, ambiente
y comunidad.





El capibara y el medio ambiente

Javier Ricardo Delgado Torres (11 años)



Había una vez un capibara llamado Juan que vivía en la ciénaga El Llanito. Cada día veía más basura en su hogar, hasta que decidió marcharse. Pero en cada nueva ciénaga encontraba lo mismo: botellas, bolsas y plásticos flotando. “No es solo aquí, es en todo mi distrito”, pensó con tristeza.

Un día conoció a Pepita, una iguana curiosa. Juntos comprendieron que huir no servía, había que actuar. Entonces, con la ayuda de un joven que iba pasando con su celular, empezaron a registrar fotos y videos de la contaminación. Subieron la evidencia a redes sociales y pronto más personas conocieron la situación.

La campaña se convirtió en un gran movimiento. Estudiantes crearon aplicaciones para reportar basureros ilegales, drones sobrevolaron las ciénagas para vigilar la contaminación y comunidades enteras se unieron a limpiar.

Juan y Pepita entendieron que nuestras acciones —desde arrojar una botella hasta usar la tecnología para cuidar el planeta— dejan huella en el territorio. Y decidieron que la suya sería totalmente esperanzadora.

El hombre que cambió el futuro

Linda Melissa Sucerquia Corredor (11 años)



Hace tiempo había un hombre que se llamaba Kevin. Él vivía en un corregimiento de Barrancabermeja donde no había árboles. Un día, Kevin tenía mucha sed y fue hasta el río. Mientras tomaba agua, encontró una semilla y recordó las palabras de su madre: “las semillas son valiosas en este corregimiento. Te enseñaré a plantarlas”. Kevin recordó la semilla que se había encontrado y para que creciera sana hizo una pequeña máquina para cuidarla. Cuando creció el árbol, Kevin recogió las semillas y las plantó, así él cambió un futuro sin árboles.

La iguana Sofía

Cristal Valentina Sánchez Castaño (11 años)



A la iguana Sofía le encantaba vivir en el Cristo Petrolero y levantarse todos los días a ver a sus otras amigas iguanas. Un día, la iguana Sofía notó que había mucha basura en lo que era su hogar y decidió, una noche, meterse a la casa de una niña llamada Maylen, la niña la vio y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy la iguana Sofía y quiero contarte algo que está ocurriendo muy cerca de aquí, en mi hogar. Muchas de mis amigas iguanas han muerto por culpa de la contaminación y necesito de tu ayuda para hacer una protesta que haga que la gente no bote más basura.

Maylen respondió:

—Ok, ok, estoy de acuerdo.

Y al otro día salieron Maylen y sus amigas, a protestar con muchas personas de la comunidad, logrando así, que disminuyera la contaminación y que el Cristo Petrolero recuperara su esplendor.

El Guardián de la Ciénaga Juan Esteban

Miguel Angel Morales Luna (14 años)



Mateo era un niño curioso que vivía en el Barrio Buenavista, cerca de la ciénaga Juan Esteban, en el municipio de Barrancabermeja. Le encantaba observar a las babillas dormidas al sol, a los chigüiros que corrían entre el barro y a las iguanas verdes que trepaban por los árboles.

Un día, mientras paseaba en su bici, vio bolsas y botellas flotando en el agua. También observó que una babilla parecía estar enferma. Mateo sintió tristeza y pensó que debía proteger su hogar.

Con su celular tomó fotos de los lugares llenos de basura y, en la tarde, se las mostró a sus amigos del colegio. Les propuso crear un mapa para saber dónde estaba el problema. Entre todos hablaron con los vecinos y organizaron una jornada de limpieza.

Los sábados, Mateo y sus amigos recogían plásticos y latas. Cada semana la ciénaga se veía más limpia, las babillas descansaban tranquilamente, los chigüiros volvían a la orilla y las iguanas regresaban a sus ramas.

Mateo entendió que, con pequeñas acciones y algo de tecnología, era posible cuidar a los animales y a la ciénaga. Desde entonces, todos lo llamaron el Guardián de la Ciénaga Juan Esteban.

Futurista

Danna Marcela Mendoza Zabaleta (15 años)



Año 2089. Barrancabermeja ya no huele a petróleo, ahora huele a cables quemados y metal caliente. El Magdalena y el Sogamoso dejaron de ser solo ríos, son autopistas de datos. Fluyen chips brillantes como peces cibernéticos, llevando historias que nadie quiere olvidar.

Yo soy “escritor digital”, mitad humano, mitad programa. Mis cuentos mezclan los chismes de la abuela con códigos cuánticos. Y aunque suene futurista, lo mío también es denunciar: en los hospitales ya no hay médicos, sólo máquinas que confunden un corazón con un ruido eléctrico. Cuando alguien muere, lo llaman “fallo del sistema”, como si la vida fuera un simple *bug*.

A los de arriba no les gusta lo que escribo. Quieren borrar mis textos, pero la gente me sigue leyendo en las pantallas flotantes que navegan el río. Saben que mis palabras no son solo cuentos, son armas para no dejarse callar.

Al final entendí que ser escritor en este futuro es ser actor en la resistencia, un puente entre lo que fuimos, lo que somos y lo que todavía podemos salvar.



La *Antología Dilo Corto 2025* nos ha demostrado que la escritura de las personas barranqueñas está hecha para ser leída, escuchada e interpretada. Este año, enfocamos la mirada en observar cómo escritores y lectores se podían convertir en actores sociales y culturales para el cambio. En esta edición encontramos perspectivas dispuestas a actuar en la ciénaga al igual que en la refinería, tanto en la escuela como en los hogares, dentro y fuera del escenario. En las historias aquí contenidas, animales, humanos y espacios se vuelven actores sociales por el bienestar de unos y otros. En pocas líneas, se demuestra que sus voces son tan fuertes que no necesitan de un micrófono para ser escuchadas. Por eso, esta segunda versión del concurso de microcuento *Dilo corto* llamó a todas las personas a convertirse en actores al levantar la voz y pensar en el futuro.

Los escritores no son únicamente quienes transforman letras en palabras, sino también *aquellos y aquellas que al leerlas, crean universos enteros.*

